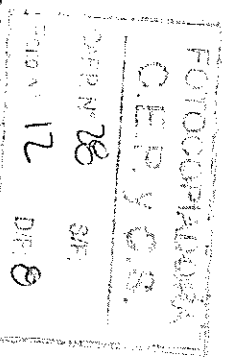


Smith, Peter - Historia Comparada de América - Ed. Crítica - 1956

Práctico

### Cuba: última colonia, primer Estado socialista



El desarrollo histórico de Cuba se ha visto profundamente afectado por su situación geográfica, pues es una isla atravesada frente a una línea costera vital que alimenta la rica cuenca del Caribe y que se extiende desde Florida a la Guayana. Colón la descubrió en su primer viaje (1492) y pronto se convirtió en punto de partida de las numerosas expediciones españolas a tierra firme mexicana y norteamericana. Durante los siglos XVI y XVII, no atrajo mucha atención imperial, pero su importancia comercial y estratégica aumentó en el siglo XVIII con la expansión de las flotas regulares entre España y sus colonias americanas.

La población indígena, descendiente de inmigrantes de las Antillas Menores, apenas sobrevivió al primer siglo de colonización española. Aquí, como en otros lugares de América Latina, los conquistadores europeos actuaron a los negros africanos para que suministraran la mano de obra. Como consecuencia, Cuba se convirtió en una sociedad multirracial: según un cálculo, en el siglo XIX, la población era un 40 por 100 negra, un 30 por 100 blanca y otro 30 por 100 mestiza (incluidos orientales e indios).

Su economía languideció bajo las rígidas medidas mercantilistas de la corona española, hasta que las reformas de Carlos III (1759-1788) proporcionaron el estímulo necesario para el crecimiento. El siglo XIX contempló el surgimiento de Cuba como fenómeno agrícola. Un breve auge cafetalero dio paso al cultivo del tabaco, que se volvió muy importante a mediados de siglo, derivándose entre los mejores del mundo.

Pero la fuente de riqueza más importante, el producto que moldearía los contornos de la sociedad e historia cubanas, fue otro: la caña de azúcar. Su predominio comenzó en el siglo XVIII y continuó a lo largo del tiempo. En 1860, Cuba producía cerca de un tercio (500.000 toneladas) del suministro mundial de este producto. La fuerza humana que abasteció este auge provenía del espantoso tráfico de esclavos que envió a más de 600.000 africanos encadenados a Cuba entre 1800 y 1865. La esclavitud se mantuvo hasta 1886, más tiempo que en cualquier otro lugar de América Latina, salvo Brasil.

Así pues, el desarrollo económico de la isla ha sido el típico de la América tropical: una sociedad agrícola orientada a la exportación de un solo cultivo, basado en la esclavitud. Sin embargo, en otro aspecto fue atípica. Cuando faltaba menos de una década para el siglo XX, seguía siendo una colonia. Un intento independentista anterior había fracasado en la amarga guerra de los Diez Años (1868-1878), cuando los nacionalistas cubanos —que se levantaron contra los españoles— no lograron reunir a la elite y fueron lentamente desalojados por las tropas españolas.

Sin embargo, el control político español de la isla se estaba quedando anacrónico, ya que en la década de 1880 el comercio y la inversión se efectuaban ya casi exclusivamente con Estados Unidos. Los intereses comerciales de este país sobre la isla llevaron a numerosas ofertas para comprarla. Los españoles se negaron una y otra vez, pero algunos cubanos prominentes estaban muy a favor de esta anexión. Mientras tanto, se la seguía atrayendo a la órbita estadounidense.

Un puñado de nacionalistas cubanos, que nunca habían aceptado su derrota en 1878, huyeron al exilio y tramaron una nueva rebelión. El más famoso de ellos era José Martí, un elocuente poeta y abogado revolucionario cuyo largo exilio en Nueva York produjo la más memorable retórica cuanana antiespañolista. Una nueva revuelta por la independencia estalló en 1895. Cuba se vio pronto envuelta en otra guerra feroz, en la que tanto los rebeldes como los españoles recurrían a la táctica de abrasar la tierra. La guerra duró tres años. Los españoles apelaron a métodos brutales como el uso de campos de concentración, para liquidar a los patriotas que participaban en guerrillas.

Dado su gran interés económico en Cuba, Estados Unidos no podía permanecer al margen de la batalla. La población estadounidense estaba excitada por los relatos de la prensa sensacionalista acerca de la brutalidad española, y los dirigentes empresariales y religiosos demandaron el reconocimiento de los rebeldes. Alimentaban el impulso expansionista tanto quienes se veían favorecidos desde el punto de vista económico como quienes predicaban la misión estadounidense de rescatar a los cubanos del desgobernado español.

Aunque el presidente McKinley resistió las presiones para intervenir, los acontecimientos le sobrepasaron. En abril de 1898, el navío estadounidense *Maine* hizo explosión misteriosamente en el puerto de La Habana. Este hecho, que nunca se ha explicado de forma satisfactoria, batió los últimos vestigios antibelistas y el Congreso declaró de inmediato la guerra a España. La «espléndida guerra» (como la llamó Teddy Roosevelt) duró sólo siete meses. Los españoles mal pertrechados sufrieron una derrota humillante y no les quedó más remedio que otorgar la independencia a Cuba en diciembre de 1898.

### Independencia dudosa

Cuba comenzó a disfrutar de su nueva posición bajo la ocupación militar estadounidense, lo que favorecía poco el desarrollo de un sentido sano de identidad nacional. Las autoridades estadounidenses licenciaron de inmediato al ejército rebelde, con lo que desaparecía la única posible oposición armada a su gobierno. La ocupación fue un ejemplo de manual de lo que se consideró una intervención «ilustrada». Los estadounidenses construyeron las tan necesitadas escuelas, carreteras, alcantarillas y líneas telegráficas. Pero todo era para integrar más a los cubanos ya «civilizados» en su órbita.

El gobierno estadounidense no consideraba contradictorio presidir el surgimiento de Cuba como una nación independiente. Para él, las responsabilidades económicas, morales y políticas iban mano a mano. Se permitió a los cubanos, e incluso se los alentó, para que eligieran una Asamblea Constitucional, que redactó una carta magna en 1901. Pero Estados Unidos abrigaba dudas acerca de la capacidad del nuevo país para autogobernarse, así que forzó a los cubanos, contra su voluntad, a incorporar una enmienda (la Enmienda Platt), que le otorgaba el derecho de supervisar su economía, de veto sobre los compromisos internacionales y de intervenir en la política interna a voluntad. Esta provisión permaneció vigente hasta 1934 e hizo de Cuba un protectorado estadounidense.

Su primer presidente, Tomás Estrada-Palma (1902-1906), estaba a favor de la anexión completa por parte de Estados Unidos, lo que resultaba muy común entre gran parte de la elite cubana, que veía pocas ventajas y ningún futuro para una Cuba independiente. Su disposición a permitir la invasión yanqui despertó la amargura y la furia de los pocos nacionalistas que mantenían viva la llama del sueño de Martí acerca de una Cuba libre del dominio yanqui.

Estrada Palma obtuvo un segundo mandato mediante fraude electoral. La revuelta que siguió, encabezada por los liberales vencidos, propició una segunda ocupación militar estadounidense (1906-1909), en la que se impuso un presidente interino, Charles Magoon, para que supervisara unas nuevas elecciones. Sin embargo, volvió a haber fraude y se repitió la intervención militar estadounidense en 1917. Todas estas intervenciones representaban oportunidades para que los intereses económicos estadounidenses afianzaran su posición en la economía cubana. El gobierno de la isla se ganó una reputación bien merecida de venal y corrupto: el sistema político cubano estaba muy lejos de haber generado el espíritu democrático que los idealistas estadounidenses pensaron que resultaría de su ocupación.

### Visión general: crecimiento económico y cambio social

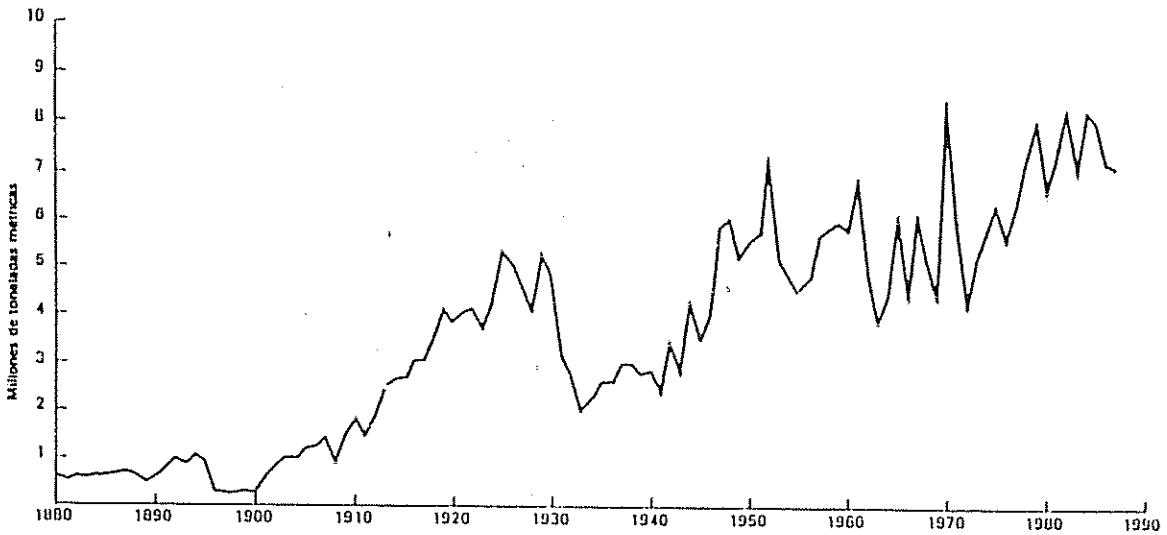
Durante sus años como protectorado, la isla pasó por un gran auge del azúcar. En el siglo XIX, había surgido rápidamente como una de las productoras de azúcar más eficientes del mundo, ayudada por los métodos de refinamiento al vacío modernos. A medida que aumentó la producción, el azúcar llegó a dominar la economía cubana y, finalmente, a tener un efecto duradero sobre la estructura de clases y las relaciones sociales.

A comienzos del siglo XX, como muestra la figura 8.1, Cuba producía varios millones de toneladas de azúcar anuales: cerca de un cuarto del suministro mundial hacia la primera guerra mundial, un 10 por 100 más o menos del total durante los años de la Gran Depresión y casi un 20 por 100 después de la segunda guerra mundial. Durante todo este periodo, las exportaciones de azúcar supusieron aproximadamente el 80 por 100 de las divisas de la isla. Tal dependencia de un solo producto situaba su economía en una posición muy vulnerable. Si la cosecha era pobre (como resultado del clima u otras condiciones) o la demanda era baja (como resultado de una recesión económica en otro lugar) o caían los precios (como resultado de un exceso de abastecimiento de otros exportadores), la economía cubana sufría. Las variaciones de la producción de 1920 a 1959, e incluso después, ilustran algunos de los peligros de esta situación.

Otro rasgo del auge azucarero fue la concentración de la propiedad, en especial en manos de los inversores estadounidenses. Desde la década de 1870, la nueva tecnología, en particular el ferrocarril, estimuló una rápida reducción del número de trapiches (de 1.190 en 1877 a sólo 207 en 1899), a pesar del incremento de hectáreas de caña. Al mismo tiempo, comenzaron a extenderse las inmensas posesiones azucareras. Los cultivadores independientes, cuyos ingenios pequeños y medianos habían producido la mayoría de la caña hasta la década de 1870, empezaron a venderlos en número creciente a las grandes compañías del ramo. En 1912, éstas controlaban más del 10 por 100 de toda la tierra cubana. Hacia 1925, el número de trapiches había descendido a 184 sólo y controlaban el 17,7 por 100 de la tierra cubana.

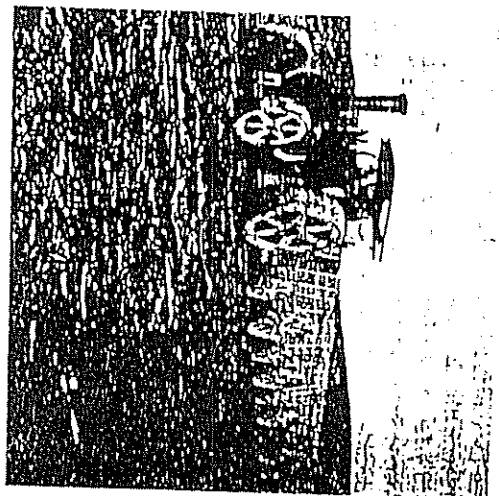
Esta concentración de propiedad de trapiches y tierra era el resultado natural del modo en que se había producido el auge azucarero. Bajo el escudo del protectorado, los inversores estadounidenses aportaron su capital para la construcción de centrales modernas y la consolidación de las tierras productoras de caña. Las centrales de propiedad estadounidense producían sólo el 15 por 100 del azúcar cubano en 1906, pero en 1928 su cuota ya alcanzaba cerca del 75 por 100, gracias a que los propietarios cubanos no habían podido pagar los créditos concedidos; luego el número disminuyó y en 1950 se plantó en un 47 por 100.

La tecnología de la producción azucarera afectó a la fuerza laboral, así como a la propiedad y a la dirección. El cultivo requería gran cantidad de mano de obra, en especial en tiempos de cosecha. La caña necesitaba ser re-



8.1. Producción azucarera en Cuba, 1880-1988. Fuentes: Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio: complejo económico social cubano del azúcar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, vol. III, cuadro 1, pp. 37-40; y Arthur MacEwan, *Revolution and Economic Development in Cuba*, Nueva York, St. Martin's Press, 1981, p. 188; James W. Wilkie, Enrique C. Ochoa y David E. Lorey, eds., *Statistical Abstract of Latin America*, vol. 28, Los Angeles, UCLA, Latin American Center, 1990, cuadro 1.714, p. 455.

Una máquina de vapor arrastra vagonetas de caña de azúcar hasta el trapiche a finales del siglo pasado. (Cortesía de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos.)



plantada sólo de forma periódica, a intervalos de cinco a veinticinco años. Así pues, cuando más se necesita mano de obra es durante la cosecha o zafra, un periodo de tres meses febriles de actividad intensa, que se pasan en su mayor parte cortando caña con machetes. El resto del año se conocía en Cuba como *tiempo muerto* en el que había un amplio desempleo y subempleo.

Pero los trabajadores no tenían dónde ir, ya que debido a las enormes plantaciones no podían arrendar o comprar pequeñas parcelas para su uso propio. Los encargados querían mantenerlos cerca de las centrales, disponibles para trabajar, para lo que ingeniaron varias tácticas. Una fue cultivar caña en la tierra de las centrales, habitualmente un 10 por 100 del total, y así contar con la presencia de cultivadores independientes cerca para compartir los problemas de la mano de obra con ellos. Otra fue dejar que los trabajadores se endeudaran para que permanecieran obligados al dueño. Una tercera fue fomentar la formación de modestos asentamientos urbanos, llamados bateyes, que crearían comunidades de la clase obrera.

Como resultado, Cuba fue testigo de la aparición de un proletariado rural, un grupo social que se diferenciaba mucho del campesinado clásico. Sin duda, había algunas comunidades campesinas aisladas y autosuficientes, en particular en las ásperas regiones montañosas, pero no eran una clase predominante. Quienes trabajaban en las centrales y las zafras no eran granjeros, sino obreros. Les preocupaban más los salarios y las condiciones laborales que la adquisición de tierra.

Además, los obreros rurales tenían un contacto íntimo con la clase obrera de las ciudades, de forma más notable en La Habana. A pesar de la falta de incentivos y las restricciones, soñan emigrar a zonas urbanas, donde viven

en las barriadas que se han vuelto características de muchas de las mayores metrópolis de América Latina: conocidas como colonias populares en México y favelas en Brasil, adquirieron en Cuba el adecuado nombre de «llega y pon». Sus residentes estaban acosados por la pobreza y las privaciones. En la década de 1950, cerca de un 40 por 100 de la población nacional vivía en las ciudades. Sólo un 40 por 100 de los residentes de clase baja tenía retrete dentro de la casa, sólo un 40 por 100 tenía algún tipo de refrigeración y más de una docena de personas vivían en una sola habitación.

El contacto y la comunicación entre los elementos rurales y urbanos de la clase obrera acababa teniendo un efecto decisivo en el curso de la historia nacional, ya que permitió una especie de movimiento social de clase amplio y unificado, raro en América Latina. Es preciso señalar también que la Iglesia desempeñó sólo un papel secundario en la sociedad cubana y los sindicatos tuvieron una existencia precaria y esporádica. En otras palabras, las perspectivas y conductas de las clases trabajadoras cubanas no se vieron condicionadas o controladas por instituciones existentes. Con el tiempo, los trabajadores estarían dispuestos para la movilización.

Mientras tanto, Estados Unidos consiguió cada vez más control sobre su economía. No sólo el capital estadounidense se apropió de la mayor parte de las plantaciones y las centrales, sino que Estados Unidos se convirtió con mucho en el mayor cliente de las exportaciones de azúcar cubanas, al soler comprar de un 75 a un 80 por 100 del total. Esto aportó una dimensión política compleja a la dependencia económica cubana hacia Estados Unidos. Por un lado, los inversores estadounidenses de la isla estaban a favor de las medidas comerciales que ayudaran a lograr una posición competitiva a su azúcar en el mercado estadounidense. Pero, por otro, los productores de remolacha azucarera estadounidenses, así como el resto de los inversores en la producción azucarera exterior no cubana, se oponían al favoritismo hacia las importaciones de azúcar de la isla. Para complicar más las cosas, los refinadores habrían deseado que se favoreciera las importaciones de azúcar sin refinar, mientras que los dueños de refineras cubanas querían ese favoritismo sólo para las importaciones de azúcar refinada. Por todo ello, Cuba dependía de las decisiones estadounidenses sobre el destino de su principal industria. Y la política importadora de azúcar era siempre un tema de debate prolongado en Washington.

Nada más lograr la independencia, Cuba había firmado en 1903 un tratado comercial recíproco que otorgaba a su azúcar una reducción del 20 por 100 de los aranceles estadounidenses. A cambio, concedía a las exportaciones estadounidenses reducciones del 20 al 40 por 100 de sus aranceles. Durante los treinta años siguientes, las relaciones comerciales entre ambos países se hicieron más estrechas ya que, en la práctica, la economía cubana estaba integrada en la estadounidense y su moneda era intercambiable con el dólar. Era el Federal Reserve Bank de Atlanta el que realmente establecía la política monetaria de la isla, ya que las autoridades cubanas en la práctica, habían entregado todo control sobre el movimiento de activos monetarios entre Cuba y Estados Unidos.

El diligente inversor estadounidense en la isla bien puede haber sonreído por su buena fortuna, al menos hasta el final de la primera guerra mundial. Su término había causado escasez de alimentos y todos los que se dedicaban a su producción, incluida Cuba, se encontraron sacando provecho de unas condiciones de compra de bienes cercanas al pánico. Luego sobrevino una quiebra en 1920. En pocos meses, los precios del azúcar cayeron a menos de un quinto de los niveles máximos alcanzados en mayo de 1920 y en los dos años siguientes su valor descendió a poco más de un cuarto del nivel de 1920. El declive continuó durante el resto de esa década y tuvo un efecto devastador sobre la economía, golpeando sobre todo a aquellos obreros rurales cuya existencia era precaria incluso en los buenos tiempos.

Con el derrumbamiento de la economía mundial en 1929-1930, Cuba se resintió de inmediato por su dependencia (en cierto modo involuntaria) de un socio comercial. El Congreso estadounidense, sometido a presión por los productores nacionales de remolacha azucarera, aprobó en 1930 el arancel Smoot-Hawley, que gravaba con nuevas obligaciones el azúcar cubano. Esto sólo aumentó la presión sobre la tambaleante economía azucarera, que se contrajo de forma abrupta. El único rescuido de luz llegó con la ascensión al poder de Franklin Roosevelt en 1933, quien, con el Congreso democrático, propició la bajada de los aranceles y, mediante el Acuerdo de Comercio Recíproco de 1934, recortó los correspondientes a las importaciones de azúcar cubano, a la vez que Cuba aumentaba sus favores a las importaciones estadounidenses. También en 1934, el Congreso estableció cuotas fijas para los proveedores nacionales y extranjeros del mercado azucarero estadounidense. La cuota cubana fue de un 28 por 100 y permaneció, con algunas modificaciones, hasta 1960, lo que proporcionó a Cuba un acceso privilegiado a este mercado. También convirtió a la isla en objeto constante de chantaje económico o político. Más importante aún, la sujetó a la voluntad del Congreso estadounidense, que podía cambiar la legislación en cualquier momento. La cuota era una bonificación económica y una responsabilidad política. Simbolizaba toda la vulnerabilidad que la «independencia» había llevado a Cuba en el período del dominio estadounidense.

En suma, la dependencia del azúcar produjo beneficios mezclados con desventajas para la economía y la sociedad cubanas. Brindó una considerable prosperidad a la isla, sobre todo durante los años de buena zafra, pero generó enormes desigualdades sociales y económicas. Atrajo la inversión exterior, pero colocó al país en una posición subordinada hacia la economía internacional y en especial la estadounidense. También creó una estructura social volátil en la que los elementos rurales y urbanos de una clase obrera despojada durante mucho tiempo mantenían una comunicación mutua. El vértice de la pirámide social no lo ocupaban los latifundistas residentes, como en las haciendas clásicas, sino empresarios extranjeros o propietarios nativos que solían vivir en La Habana: las clases altas estaban ausentes. Había una clase media considerable, al menos para los parámetros latinoamericanos, pero era un estrato amorfo que carecía de cohesión y conciencia. Como una vez ob-

servó el sociólogo Maurice Zeitlin, esta combinación de factores estaba destinada a tener su efecto: «La empresa a gran escala en el campo y la mezcla de obreros industriales y agrícolas en las centrales azucareras impregnó mucho al país de valores y normas de conducta capitalistas, nacionalistas, sectulares y antirradicales. En este sentido, el país estaba *preparado* para su desarrollo y lo único que le faltaba era la revolución...».

### Política: corrupción y decadencia

Durante las décadas de 1920 y 1930, el gobierno cubano se contó entre los más corruptos y brutales de la historia de la república. Gerardo Machado obtuvo la presidencia mediante elecciones en 1925 y pronto utilizó sus poderes ejecutivos para hacerse invencible en las urnas. Sus medidas represivas y el crecimiento de la oposición nacionalista, en especial entre los estudiantes y los obreros urbanos, sacaron a relucir las realidades más desagradables del protectorado estadounidense. Cuando golpeó la depresión mundial, la economía cubana orientada a la exportación sufrió mucho. El precio del azúcar se depreció de nuevo y la economía se contrajo aún más. La renta total cayó en picado y se extendió el desempleo.

No faltaba voluntad política para explotar los apuros económicos. La oposición a Machado incluía una coalición de estudiantes, dirigentes obreros, reformistas de clase media y políticos descontentos, a quienes mantenía juntos el aborrecimiento a Machado y una aspiración común por una Cuba más honrada y justa. Abundaban los complot armados. Los tiros irrumpían con regularidad en la noche habanera. La policía y el ejército de Machado abrumaban con más medidas represivas. Estados Unidos, tan atento a otros tipos de desviaciones de la democracia, permanecía impasible. La administración republicana de Herbert Hoover, debido a su supuesta identificación con la empresa, trató de poner término a la era de gobernar el Caribe mediante los marines estadounidenses.

La victoria electoral de Franklin Roosevelt condujo a un activista a la Casa Blanca. Mientras Washington adoptaba una postura más crítica sobre Machado, los cubanos se hicieron cargo del asunto. La huelga general de agosto de 1933 ayudó a agudizar al ejército para socavar al dictador, que huyó de La Habana. Entonces la opinión comenzó a polarizarse abruptamente. Los jóvenes radicales, dominantes en el gobierno provisional, se unieron al ejército, al mando del sargento Fulgencio Batista. Esta alianza tomó el gobierno y alarmó al enviado de Roosevelt, Sumner Welles. El nuevo líder civil era Ramón Grau San Martín, médico y profesor (el único miembro de la universidad que votó en contra de otorgar a Machado un grado honorario) y durante mucho tiempo héroe de la izquierda estudiantil, con quien se alió invariablemente. Se formaron «soviets» y después se ocuparon fábricas y granjas. El nuevo gobierno proclamó una revolución socialista.

A Washington le preocupó profundamente el pronunciado giro izquier-

distra que había tomado su protectorado. Frente a las costas cubanas se estacionaron barcos de la flota estadounidense; parecía cercana una intervención al viejo estilo. Pero un nuevo hombre fuerte, ávido por seguir la fórmula cubana para lograr poder y riqueza, ya estaba en escena. A una señal de Estados Unidos, Batista echó con facilidad a Grau y los radicales. Pronto se acordó un presidente que resultara aceptable para Washington, y los radicales, nacionalistas y reformistas observaron con amargura cómo la política cubana volvía a lo habitual. La hegemonía estadounidense era tan cierta que Washington no puso dificultades para consentir revocar la Emienda Platt en 1934. La base naval en Guantánamo, por ejemplo, no resultó afectada.

Durante los siguientes veinticinco años, la política cubana fue dominada por Fulgencio Batista. Entre 1934 y 1940 rigió su país mediante presidentes de guñol; gobernó de forma directa de 1940 a 1944 y luego se quedó tras el escenario, mientras el antiguo radical Grau San Martín volvía a la presidencia (1944-1948). Quedaba poco del Grau idealista y el espectáculo de su descenso al submundo de la corrupción política sólo agudizó el descontento y la furia moral que consumía a radicales y nacionalistas. Su sucesor, otro hombre de paja de Batista, fue Carlos Prío Socarrás (1949-1952). El mismo Batista retomó las riendas presidenciales con un golpe y desde entonces gobernó con poderes dictatoriales (1952-1959).

En realidad, la política cubana manifestó pocos cambios entre 1934 y 1959. Se demostró de forma repetida la inutilidad del sistema electoral, puesto que el hombre fuerte de turno (primero Machado y luego Batista) hacía su voluntad. La oposición honrada, mucho más débil que su grupo electoral, fue combatida y suprimida en vano. ¿Qué había sido del feror revolucionario de 1933? ¿Dónde estaba la coalición que tanto había atemorizado a Washington? Había seguido el camino de todos los movimientos nacionalistas cubanos: impotentes por la alianza imbatible de las élites, sus sirvientes políticos y militares, y el tío Sam. Si se hubiera preguntado a la mayoría de los cubanos en 1959 si su pequeña isla tenía alguna posibilidad de lograr una independencia cierta, ¿cuántos se habrían atrevido a contestar que sí? ¿Cuántos pensaban realmente que Cuba podría afirmar con éxito su identidad frente al coloso del norte? Muy pocos. La mayoría de sus habitantes cultos pensaban sin duda alguna que lo mejor que podía esperar su país era conseguir unas cuantas ventajitas marginales, maximizar los beneficios de su dependencia inevitable de Estados Unidos. ¿Qué más se podía esperar? Pronto surgió una respuesta sorprendente.

### Fidel Castro y la construcción de la revolución

Nacido en 1927, Fidel Castro era hijo de un emigrante español que representaba una vieja tradición cubana: era el heredero de un peninsular que había «hecho las Américas», según lo expresaban los españoles desde el siglo XVII. Pero a este hijo de emigrante no le interesaba disfrutar de la vida con-

fortable que sus orígenes y formación le prometían. Quería hacer una América diferente.

Fidel había seguido el camino clásico: había ido al colegio de los jesuitas y luego había seguido la carrera de derecho. Se sumergió en el turbulento mundo de la política estudiantil, donde podían hallarse todas las ramas de pensamiento nacionalista, izquierdista y revolucionario. Demostró ser resuelto, elocuente y ambicioso, pero no se encontraba entre las filas de los más radicales. Nacionalista apasionado, evitaba a los comunistas, que eran los mejor organizados de los grupos estudiantiles.

Poco después de terminar la carrera, Fidel comenzó a viajar por América Latina, conoció a otros nacionalistas radicales y aprendió otras realidades políticas. Su experiencia más importante tuvo lugar en Bogotá en 1948, cuando la colosal revuelta urbana conocida como el *bogotazo* puso en un desorden total a la ciudad durante dos días. El hecho desencadenante había sido el asesinato del carismático político de izquierdas colombiano Jorge Eliécer Gaitán. El pueblo se levantó al unísono y tomó la ciudad, cuyas autoridades habían dimitido aterrorizadas. Fidel se vio arrastrado por la ola de furor popular y trató de convertirse (sin lograrlo) en combatiente. Esos días notables le hicieron saborear las posibilidades de la movilización popular.

Su primer asalto al Estado de Batista provino directamente de la tradición de los revolucionarios románticos latinoamericanos. Fue un ataque, el 26 de julio de 1953, contra el cuartel provincial de Moncada, en la ciudad suroriental de Santiago. Fidel encabezó una banda de 165 jóvenes que irrumpieron en la guarnición en lo que después sólo pudo ser considerado como un ataque suicida. Esperaban contar con la sorpresa, pero fracasaron. La mitad de los atacantes fueron muertos, heridos o detenidos. Fidel y su hermano Raúl se encontraron entre los pocos que pudieron huir. La reacción del gobierno fue rápida y despiadada. La policía comenzó a matar sospechosos. Fidel y su hermano fueron capturados, juzgados y sentenciados a quince años de prisión. Durante el juicio, Fidel pronunció un discurso largo, apasionado y divagador («La Historia me absolverá») que tuvo poco eco por entonces, pero que después se convirtió en un texto sagrado de la revolución.

Los hermanos Castro tuvieron suerte. Sólo pasaron en prisión once meses antes de que Batista concediera una amnistía en un intento de atraerse la opinión pública y mejorar su imagen política. De este modo, Fidel se benefició de una concesión táctica proveniente de un gobierno que estaba totalmente determinado a destruir. Como estaba libre, huyó de inmediato a México para empezar a organizar una nueva fuerza revolucionaria. En este momento no se distinguía mucho del resto innumerable de revolucionarios que buscaban sin éxito contra los Trujillos, Somozas o Duvalles, eran cortados por el mismo patrón que Batista.

En 1956 Fidel se embarcó con una nueva partida de revolucionarios en el *Granma*, un viejo yate cuyo nombre quedaría después inmortalizado como el título del periódico oficial revolucionario de Cuba. Con él se hallaba de nuevo su hermano Raúl, más radical en política. También estaba a bordo Er-

nesto («Che») Guevara, médico argentino de veintisiete años que había sido testigo presencial en 1954 del derrocamiento dirigido por la CIA del presidente guatemalteco Jacobo Arbenz, radicalmente antestadounidense.

Fidel hizo coincidir su viaje con la movilización de fuerzas contrarias a Batista en la isla, que iban a alzarse en comunidades próximas al lugar de desembarco planeado. Pero la navegación perdió el rumbo previsto y el *Granma* encalló en una zona pantanosa. Los ochenta y dos hombres se lavieron y se las desearon para llegar a tierra. Los días siguientes fueron una pesadilla de sed, hambre y muerte a manos de las unidades militares a quienes los habían delatado los campesinos del lugar. Se perdieron setenta hombres, pero Fidel, Raúl y el Che no se encontraron entre ellos. Huyeron a las montañas de Sierra Maestra, al este de Cuba, siguiendo su plan de continuidad. Desde allí, Fidel reconstruyó su partida rebelde y una vez más se lanzaron en guerra contra Batista.

Durante los dos meses siguientes, hasta febrero de 1957, esta columna era casi desconocida para el mundo. La mayor parte de la prensa cubana pensaba, inducida por la propaganda de Batista, que Fidel había muerto. Lo que convirtió a los rebeldes en noticia no fue su actuación contra el gobierno, sino su descubrimiento por un famoso periodista estadounidense.

Fidel y sus compañeros sabían que para derrocar a Batista era imprescindible erosionar su apoyo externo, en especial el de Estados Unidos. Los contactos del primero encontraron el vehículo perfecto: Herbert Matthews, un veterano corresponsal en el extranjero del *New York Times* que había cubierto la guerra civil española y seguía siendo un partidario no resignado de la causa republicana. Le llevaron hasta el escondite de Fidel y desde allí escribió una serie de historias que irrumpieron en la primera plana del más prestigioso periódico estadounidense. Sus entregas dramáticas, que exaltaban la disciplina, el coraje y el compromiso de los rebeldes, dio una posición internacional a Fidel de la noche a la mañana. Los lectores de todo el mundo estaban admirados: ¿cómo había podido estudiar un periodista extranjero de cincuenta y siete años el cordón militar y pasar unos días con unas guerrillas que se creía que no existían? De repente, Batista se encontraba a la defensiva en la opinión pública mundial. Estaba en el más peligrosos de los reinos, considerado a la vez brutal e impotente.

Al mes siguiente, marzo de 1957, Fidel recibió refuerzos. Cincuenta y ocho nuevos hombres se unieron a los rebeldes, conducidos hasta allí por el movimiento clandestino. A la mayoría de los guerrilleros de Sierra Maestra les resultaba nueva la vida salvaje, incluso el campo. La mayor parte era, como Fidel, de clase media y no se habían unido porque anhelaran una transformación de toda la sociedad cubana, sino porque odiaban la brutalidad, corrupción y antinacionalismo de los políticos, que parecían siempre servir a los dictadores. Sin embargo, cuando desertaron de las ciudades, se encontraron pronto con otra Cuba. A pesar que pensaban conocerla bien, no estaban preparados para la realidad de las montañas.

Descubrieron que los campesinos apenas sobrevivían en una existencia

miserable. Los rebeldes se interesaron mucho por el destino de estas gentes porque necesitaban su apoyo para sobrevivir en ese medio. Era el primer principio de la guerrilla: lograr la simpatía de los lugareños, no sólo por las provisiones, sino también para que no los delataran a las autoridades.

Sin embargo, la partida rebelde seguía siendo sobre todo de clase media. Se les unieron unos cuantos campesinos, pero nunca en gran número ni alcanzaron posiciones de mando. Esto no resulta sorprendente. La mayoría de las revoluciones de la historia han sido dirigidas por miembros de una con-traste, lo que no quiere decir que no fuera importante la participación y el apoyo de los campesinos. Pero los orígenes y mandos del movimiento cast-rista eran de la clase media. Las direcciones que tomó con posterioridad son otro asunto.

La guerra de guerrillas es solitaria y peligrosa. Mes tras mes, durante todo 1957, los rebeldes consiguieron lo esencial: sobrevivir. Pero no lograron enfrentarse de forma seria al enemigo. En diciembre, Fidel estaba desanimado. Su estrategia se había basado en esperar el alzamiento de las ciudades, pero tenía muy poco control sobre ese frente. ¿Cuánto tiempo podían esperar en las montañas?

A comienzos de 1958, hubo algunos signos alentadores. En febrero, el obispo de Cuba emitió una carta pastoral apelando por un gobierno de unidad nacional. En marzo, el gobierno estadounidense sometido a presión por proporcionar armas al régimen represivo de Batista, estableció el embargo del envío de armas a ambos contendientes. Ello constituía un bofetón político para Batista, ya que significaba la pérdida parcial de legitimidad del gobierno establecido.

Una vez que no logró materializarse la huelga general programada para abril de 1958, Fidel decidió cambiar su estrategia. Las guerrillas debían volverse más agresivas. Este fracaso huelguístico también convenció a Batista de que debía dar un paso y el ejército lanzó una «campana de liquidación» a mes siguiente. Fue un desastre. Todas las unidades del ejército fueron capturadas junto con los códigos secretos y muchas municiones. Hacia agosto, el ejército había abandonado las montañas, vencido por carecer de mandos y entrenamiento adecuados y por la inteligencia y empeño superiores del lado rebelde.

Durante todo el resto de 1958, bramó una guerra de guerrillas feroz. No hubo batallas formales ni oleadas de campesinos enfrentándose a los soldados de Batista. Era una guerra de atacar y esconderse, con bombardeos, sa- botajes y acoso. Batista respondió con el terror. Como rara vez podía atrapar a las guerrillas, envió a sus secuaces contra los estudiantes y la clase media sospechosa de mantener vínculos con el Movimiento del Veintiséis de Julio. Al hacerlo, aumentaba con rapidez el apoyo a Fidel. Era la táctica clásica de la guerrilla: incitar al gobierno impopular a tomar medidas represivas, que luego servirían para reclutar nuevos rebeldes contra el gobierno.

Batista comenzó a perder su respaldo. Como dictador, su mejor carta había sido siempre su habilidad para mantener el orden, que ahora estaba desapareciendo. Añadido a la frustración y la furia del ejército y de la policía

estaba el hecho de que nunca podían prender al enemigo. No estaban preparados para esa clase de movimiento clandestino que podía eludir su red de informantes regulares. La tortura y ejecución sólo producían nuevas adhe-siones rebeldes.

En noviembre, Batista llevó a cabo unas elecciones presidenciales, presentando un nuevo candidato con la esperanza de que su desaparición del escenario mejorara la situación. El resultado fue una señal dramática de que el gobierno había perdido el apoyo público: la mayoría de los votantes se abstuvieron. Era el acontecimiento político para el que habían estado trabajando los rebeldes. Batista manióbró a la desesperada para mantener el men-guante apoyo de la administración Eisenhower. Pero Estados Unidos al igual que en el caso del dictador Machado en 1933, consideraron ahora que sus enormes intereses cubanos estaban en peligro por los excesos del dictador rapaz y brutal. Batista había agotado su tiempo.

El dictador no deseaba pelear por una causa perdida hasta el final, ya que podía ver cómo se reducía su poder día tras día. Su ejército y policía eran odiados y escarnecidos. Había perdido todo apoyo de Washington y el país estaba tan convencido de su caída, que la economía cada vez se desorganizaba más, mientras empresarios y banqueros esperaban lo inevitable. De improviso, en Nochevieja, convocó una reunión de sus consejeros, designó un presidente que le sucediera y despegó en un avión cargado de familiares rumbo a la República Dominicana. El camino había quedado libre para la entrada triunfal de Fidel en La Habana.

La guerra de guerrillas había sido tan salvaje, la represión tan feroz, el desarrollo tan largo, que la salida repentina de Batista tomó por sorpresa a los rebeldes. Las multitudes corrían libres en las ciudades, sobre todo en La Habana. Las banderas blancas y rojas del Movimiento del Veintiséis de Julio ondeaban por todas partes.

### La definición de la revolución

*Euforía* es la única palabra que puede describir el sentir de La Habana en los primeros días de 1959. Fidel se había convertido en un héroe genuino. La cuestión que ahora ocupaba las mentes de la clase media cubana, de los obreros, campesinos e inversores extranjeros, del embajador estadounidense y de otros observadores era de qué clase de revolución se trataba.

Fidel entraba en un vacío político. La guerra civil no sólo había desarticulado a Batista, sino que había ensuciado a toda la clase política, a todos sus miembros, en mayor o menor grado, comprometida con el dictador. A pesar de la importancia de los conspiradores urbanos, que habían utilizado tácticas heroicas contra el ejército y la policía en la segunda mitad de 1958, el impulso estaba ahora en manos de los hombres de Sierra Maestra, vestidos con sus uniformes verdes de faena. El poder visible era el ejército rebelde y desde entonces iba a continuar siendo una institución política clave.

El principal asidero de Fidel, aparte de su formidable don de liderazgo, era el deseo desesperado de cambio que existía entre sus conciudadanos cubanos. Los más desamparados, los pobres rurales, nunca habían contado para nada en el sistema electoral. Las clases obreras de las ciudades y los pueblos tenían algo más de peso. Pero el sector social más inquieto y más importan- te era la clase media, de donde había surgido el liderazgo del movimiento en figuras tales como Fidel y Raúl.

Esta clase estaba preparada para recibir un nuevo mensaje político. En primer lugar, estaba asqueada del antiguo cuadro político y sentía repulsa por los dictadores (Machado, Batista) que Cuba producía con regularidad. En segundo lugar, había sido impulsada por los llamamientos hacia una justicia social mayor. Y, por último, anhelaba una Cuba más independiente, es decir, más libre de Estados Unidos. ¿Podía haber una Cuba nacionalista que no fuera antiestadounidense? En teoría, quizás; pero en la práctica, toda afirmación de dignidad nacional cubana estaba predestinada a colisionar con la presencia yanqui.

Durante 1959 se escenificó la revolución. A pesar de todo su heroísmo, Fidel llegaba como un político desconocido. El gobierno comenzó como un triunvirato. Manuel Urrutia era el presidente, José Miró Cardona, el primer ministro y Fidel, comandante en jefe de las fuerzas armadas. La ilusión de un mando colegiado se derrumbó en febrero, cuando Miró Cardona renunció en protesta por su falta de poder real. Fidel asumió su puesto, anticipando lo que estaba por venir.

La primera crisis política importante surgió sobre qué hacer con los oficiales batistas capturados, responsables de lo peor de la represión. Los revolucionarios recurrieron a procedimientos arbitrarios en el trato de sus víctimas, apelando a los sentimientos de «justicia ordinaria» para legitimar sus ejecuciones. En los seis primeros meses de 1959, se condenó a muerte a unas 550 personas, tras ser juzgadas por varios tribunales revolucionarios. Estas ejecuciones, acentuadas por gritos de ¡al paredón!, preocuparon a los liberales cubanos y a sus simpatizantes del exterior, especialmente de Estados Unidos.

En abril de 1959, Fidel partió rumbo a Nueva York, donde iba a visitar la sede de Naciones Unidas. El viaje era de una importancia política extrema, ya que la opinión pública estadounidense era crucial para los acontecimientos cubanos. Desde el punto de vista de Fidel, probablemente la visita fue un éxito. Consiguió proyectar la imagen de un reformista nacionalista que se oponía con fuerza a la intervención extranjera, pero que tampoco era comunista. Tuvo mucho cuidado en mantener sólo un contacto distante con el gobierno estadounidense (el presidente Eisenhower rehusó toda reunión y fue el vicepresidente Richard Nixon quien tuvo que recibir al revolucionario barbudo), mientras cultivó con esmero los centros elitistas de opinión, haciendo, por ejemplo, una aparición triunfal en el Harvard Stadium. Recalcó la necesidad de una reforma radical en Cuba, en especial de una reforma agraria. ¿Quién que conociera la agricultura cubana podía estar en desacuerdo?

Regresó a la isla para poner en práctica su medida más radical hasta la

echa: la Ley de Reforma Agraria del 17 de mayo de 1959, que eliminaba las propiedades desmesuradas, al expropiar las posesiones con más de 400 hectáreas de tierra cultivable, cuya indemnización se pagaría en bonos de divisa cubana en proporción al valor declarado en los impuestos de 1958 (deliberadamente por debajo del valor real, como era la costumbre). Desde ese momento, no se permitiría a ningún extranjero poseer tierra agrícola. Las tierras expropiadas se repartían entre los pequeños propietarios privados y las cooperativas. Se creó un Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) para llevar a la práctica esas medidas de largo alcance. Las críticas dentro y fuera de Cuba comenzaron a hacer surgir la alarma. ¿No era un primer paso para el comunismo? ¿No había nombrado Fidel a un comunista, Núñez Jiménez, como director del INRA?

La polarización política se agudizó en junio de 1959. Fidel anunció el descubrimiento de una conspiración contra la revolución. Los no comunistas que habían apoyado el derrocamiento de Batista comenzaron a alarmarse de forma creciente. Un antiguo presidente del Senado atacó la reforma agraria y pidió las elecciones que Fidel había prometido. Ese mismo mes, más tarde, el jefe de las fuerzas aéreas, el comandante Pedro Díaz Lanz, renunció en protesta por la supuesta influencia comunista en el ejército. Luego huyó a Estados Unidos y apoyó la historia de que Fidel era comunista. Tales defecciones fortalecieron a los elementos anticomunistas que crecían en Estados Unidos. En julio, Fidel representó lo que iba a ser un drama habitual en la Cuba revolucionaria. Renunció a su cargo en medio de lo que describió como una crisis política ocasionada por la renuncia del presidente Urrutia, a quien Fidel había acusado de secundar a Díaz Lanz en una conspiración contra la revolución. A continuación hubo enormes reuniones en La Habana, en las que las multitudes alocionadas con todo cuidado pidieron el regreso de Fidel, que se dobló a su voluntad.

Ahora se encontraba en una posición con la fuerza suficiente como para hablar del delicado tema de las elecciones y prometió que no habría más ai menos durante cuatro o cinco años.

Se estaba urdiendo un caso que para muchos se convertiría en la marca de la radicalización de la revolución. El comandante Huberto Matos, uno de los aliados políticos más antiguos de Fidel y revolucionario veterano, decidió romper con la línea castrista. Renunció a las fuerzas armadas y envió una carta atacando el aumento de la influencia comunista. La respuesta de Fidel fue inmediata. Lo encarceló y movilizó una enorme campaña propagandística contra él como traidor a la revolución. Durante la siguiente década y media, Matos permaneció en prisión, como el símbolo supremo del desviacionismo revolucionario para el régimen fidelista. Para muchos observadores extranjeros, Matos siguió siendo la víctima más esencial de la represión de tipo estalinista.

En los meses que quedaban de 1959, la política cubana se hizo más antiestadounidense. A diario había acusaciones de conspiraciones para invadir la isla apoyadas por los yanquis con el propósito de restaurar a Batista. Sin ninguna duda no eran acusaciones caprichosas. Los exiliados habían comun-



zado a realizar misiones desde Florida, disparando a los campos de caña y lanzando panfletos antirrevolucionarios. Aunque la Casa Blanca y el Departamento de Estado no se habían puesto de acuerdo aún acerca de las intenciones de Fidel, la CIA y el Pentágono hacía mucho que no tenían dudas. Mientras tanto, Fidel tenía puesta la mirada en Washington, siempre el centro de decisión para la política cubana.

El año de 1960 resultó ser aún más decisivo para el curso de la Revolución cubana. Al final del segundo año en el poder de Fidel, se habían afirmado cuatro tendencias básicas: 1) la nacionalización de la economía; 2) un giro abrupto hacia el bloque soviético; 3) el establecimiento de un régimen autoritario; y 4) el lanzamiento de una política socioeconómica igualitaria. A lo largo del tiempo, a todos los nacionalistas cubanos les había irritado el grado del control estadounidense sobre la economía cubana. Era inevitable que cualquier gobierno cubano que intentara reafirmar el control cubano sobre su economía entrara en colisión con Estados Unidos, tanto con los inversores como con el gobierno de Washington, que tan a menudo los había apoyado. El choque más importante surgió por el petróleo, siempre un asunto económico emotivo en el Tercer Mundo. Cuando Fidel había descubierto que podía comprarlo más barato de Rusia que de Venezuela, ordenó a las refinerías estadounidenses aincadas en Cuba que procesaran el crudo ruso. Aunque existía una antigua ley que las obligaba a acceder, se negaron. De inmediato, Fidel confisó las compañías petroleras estadounidenses. En parte como represalia, el presidente Eisenhower suspendió la cuota azucarera cubana en Estados Unidos.

El gobierno cubano respondió tomando casi todo el resto de las propiedades estadounidenses: lo que incluyó las compañías eléctrica y telefónica (otro importante motivo de irritación para los nacionalistas), los trapiches y las minas de níquel. Washington se vengó embargando todo el comercio con Cuba, excepto medicinas y alimentos. También se nacionalizaron otras empresas extranjeras de Cuba.

La campaña nacionalizadora no se restringió a los extranjeros. En el curso de 1960, todas las empresas importantes de Cuba fueron nacionalizadas, incluidos textiles, tabaco, cemento, banca y grandes almacenes. La agricultura tardó más tiempo. El primer paso, en 1959, fue contra las plantaciones azucareras y las centrales propiedad de Batista o sus colaboradores más cercanos. Pero la política agrícola, siempre un severo problema para las economías autoritarias, no se moldeó hasta finales de 1960.

El giro hacia el bloque soviético no fue la causa ni el efecto del choque con Estados Unidos, sino parte integrante del mismo proceso. En su inicio, se trató de comprobar hasta qué punto estarían dispuestos los soviéticos a comprometerse con Cuba, tan lejos de Moscú y tan cerca de Estados Unidos. Los rusos resultaron más osados de lo que casi todos esperaban. En febrero de 1960, murieron antes de la ruptura económica total con Estados Unidos, los soviéticos firmaron un acuerdo comercial con Cuba que le concedía un crédito de 100 millones de dólares para adquirir equipamiento y le prometía la com-

pra de 4 millones de toneladas de azúcar por año durante los cuatro siguientes. Fidel estaba desarrollando ahora una fuente alternativa de tecnología y equipamiento, y los soviéticos parecían dispuestos a integrar a Cuba como aliada «socialista» en el Tercer Mundo.

A medida que transcurría 1960, los soviéticos añadieron armas militares al equipamiento destinado a Cuba. También llegaron misiones técnicas y artísticas para enseñar la lección de cómo construir una sociedad socialista. A finales de 1960, el giro cubano hacia el Este era decisivo. Pero Fidel no había anunciado aún la conversión total de Cuba a la rama soviética del socialismo y los observadores exteriores mantenían opiniones encontradas. Algunos, como el vicepresidente Nixon, estaban convencidos de que Castro era un comunista completo. Otros, más preocupados por la justicia social, esperaban que Fidel pudiera hallar un camino independiente entre ambas superpotencias; si no lo lograba, sostenían, sería debido a la intolerancia de Estados Unidos, que lo empujaba a los brazos rusos.

El Estado revolucionario cubano surgía de modo fragmentario y gradual. Fidel comenzó proclamando su compromiso con la antigua Constitución, que Batista había repudiado con su golpe de 1952. ¿Pero qué instituciones gobernarían la nueva Cuba? El problema era clásico y se lo encontraba más tarde Salvador Allende en Chile: ¿cómo se puede llevar a cabo un cambio económico y social fundamental cuando las instituciones gubernamentales existentes estaban establecidas para mantener el estado de las cosas?

Aunque el antiguo sistema permaneció en vigor, por ejemplo, nunca se hicieron intentos de elegir una nueva legislatura. Era difícil que el Movimiento del Veintiséis de Julio pudiera proporcionar una base institucional, ya que nunca había desarrollado una organización muy unida y estaba lejos de ser un partido político. Desde el comienzo, Fidel recurrió a la institución más sensible y popular: el ejército revolucionario.

En el otoño de 1960, el gobierno creó una importante institución nueva: los Comités para la Defensa de la Revolución (CDR). Eran grupos de ciudadanos de un lugar, organizados principalmente para la defensa civil. La amenaza constante de invasión —de los exiliados y de Estados Unidos— hacía necesaria una medida como esa. Como la revolución también contaba con enemigos internos, los CDR también tenían la tarea de supervisar las opiniones o conducta contrarrevolucionarias de la población.

El mismo año Fidel pasó a eliminar o neutralizar las instituciones clave del antiguo orden «burgués». En diciembre se había llevado al orden a la prensa, a menudo mediante su toma por parte de sindicatos controlados por los comunistas. Cayó víctima hasta el satirico *Bohemia*, antiguo órgano moralizante antibatista. En diciembre Fidel había obtenido el poder de nombrar nuevos jueces a voluntad, una vez que el poder judicial fue eliminado por etapas. Las universidades y los sindicatos, una vez centros de oposición al gobierno, también cayeron bajo su control absoluto. Una nueva ley otorgó al ministro de Trabajo el poder de «intervenir», es decir, asumir el control legal sobre todo sindicato. Todos los clubes y asociaciones privados se subordinaron a la

dirección del gobierno. La Iglesia, aunque nunca había sido fuerte en el siglo XX, fue observada de cerca y los revolucionarios lanzaron frecuentes ataques sobre los «sacerdotes extranjeros reaccionarios». En 1961, el gobierno nacionalizó todas los colegios privados, con lo que suspendió uno de los papeles eclesiásticos más importantes antes de la revolución.

La revolución determinó la creación de nuevas instituciones en lugar de las antiguas. Fidel parecía estar en todas partes. La movilización era el tema inextinguible: movilización contra los invasores, movilización contra los problemas sociales y económicos internos. Todos los cubanos se convertirían en guerrilleros. Para lograr este objetivo, se creó una milicia enorme: a finales de 1960 abarcaba 500.000 personas de una población total de 6,7 millones. Después de todo, era una vía evidente para organizar la nueva Cuba. Y nadie podía dudar de la identidad de su comandante en jefe.

El único partido político que sobrevivió a la transición revolucionaria fue el Comunista. Nunca había sido miembro y durante todo el año 1959 Fidel evitó cualquier identificación personal con él. Pero también dejó claro que el anticomunismo se consideraría antirrevolucionario. A medida que transcurría el año, se inclinó cada vez más hacia miembros del partido para que se ocuparan de ámbitos tales como la reforma agraria. Sin embargo, su participación creciente no amenazó el control efectivo de Fidel sobre éste.

Lo que preocupaba a la mayoría de los cubanos no era la estructura política, sino el modo en que la revolución cambiaría sus vidas. En este punto, Fidel y sus compañeros guerrilleros mantuvieron su mirada fija en los pobres, en especial los rurales. Los revolucionarios estaban determinados a atacar el legado de la Cuba corrupta y capitalista: analfabetismo, enfermedad, malnutrición y dilapidación de viviendas. Una cruzada de un año durante 1960 redujo los índices de analfabetismo a la mitad (su índice de analfabetismo de uno 25 por 100 en 1959 ya era bajo para los parámetros latinoamericanos) y desde entonces casi ha desaparecido. Al notar la dirección que tomaba la revolución, los ricos (y muchos de la clase media) comenzaron a huir y el gobierno se quedó con unos bienes caídos del cielo: los que habían abandonado los refugiados —casas, oficinas, granjas— que el Estado pudo distribuir.

En un paso típicamente populista, Fidel comenzó su gobierno congelando los precios y ordenando unas importantes subidas salariales (medida también tomada por Perón en 1946 y Allende en 1970), lo que condujo a una bonracha de compras, pero pronto desaparecieron las existencias. Batista había dejado 500 millones de dólares en reservas de divisas, pero se gastaron en seguida, especialmente en petróleo. Así que la era de la aparente redistribución indolora había terminado a finales de 1959. En 1960 los cubanos descubrieron el costo de las medidas nacionalistas e igualitarias de la revolución. Sin embargo, por una vez en su historia se habían erradicado las enormes desigualdades del sacrificio.

Peró también aumentó el número de desertores. La mayoría atacaba a las guerrillas por haber traicionado la esperanza de elecciones rápidas. En su lugar, acusaban, Fidel y su camarilla estaban guiando a Cuba hacia el totali-

tarismo comunista. Probablemente la mayoría era sincera, pero quizás algunos pensaron que era la mejor táctica para estimular a Estados Unidos.

A finales de 1959 una facción de línea dura de la CIA y el servicio de información militar consideraron a Fidel un obstáculo soviético con el que había que tratar de forma directa. La CIA comenzó a formular una serie interminable de conspiraciones muchas veces grotescas, como hacerle llegar un puro explosivo. Todas se encaminaban a distorsionar o sabotear el nuevo gobierno. En todas participaban los exiliados cubanos, que inundaban Miami. En ello residía una de las mayores vulnerabilidades de la CIA: trabajar con exiliados hacía cuestionable la seguridad. El aparato de espionaje de Fidel, asistido pronto por el soviético que contaba con mayor experiencia, cultivó sus contactos de Miami y neutralizó gran parte de la laboriosa conspiración estadounidense.

La estrategia más obvia para Washington era apoyar una invasión a Cuba de los exiliados. De ese modo había arribado a la isla José Martí en 1895 y era la estrategia habitual de la política caribeña en el exilio. Desde finales de 1959, la CIA había estado organizando a los exiliados anticomunistas. En julio de 1960, el propulsor de la invasión de exiliados, Richard Bissell (de la CIA), convenció al presidente Eisenhower para que aprobara el entrenamiento de una fuerza invasora. A partir de ese momento, Bissell, un intelectual formidable y un burocrata luchador, se convirtió en un excelente abogado de la invasión.

La «firmeza» de la política estadounidense hacia la Cuba revolucionaria se convirtió en el tema de la campaña presidencial de 1960 que ofrecieron el vicepresidente de Eisenhower, Richard Nixon, y un senador de Massachusetts poco conocido, John Fitzgerald Kennedy. En su primer debate televisado, Kennedy tomó una postura más agresiva hacia Cuba que Nixon, quien conocía el plan de invasión y no deseaba comprometerse.

Fue Kennedy, el candidato ostensiblemente más duro, quien ganó la presidencia y heredó el «problema cubano». Eisenhower rompió las relaciones diplomáticas en enero de 1961, en respuesta a la demanda de Fidel de que redujeran su embajada en La Habana de forma drástica. En abril, todavía caliente de experiencia en asuntos exteriores, Kennedy se vio presionado para aprobar una invasión de los exiliados de Cuba. Deseoso de cumplir con su deber anticomunista, pero temeroso del posible efecto en la opinión pública mundial, el nuevo presidente era un mar de dudas. Por fin, dio su visto bueno, pero pidió que no hubiera una participación estadounidense identificable: sobre todo, que no hubiera participación de las fuerzas estadounidenses en combates. Era una preocupación irónica, dado el papel decisivo de la CIA, que afectaría en los acontecimientos.

Como los rumores aumentaban, una fuerza invasora se dirigió a Cuba en abril de 1961. La operación resultó un fracaso desde el principio. Tras un debate interminable, el presidente Kennedy redujo la cobertura aérea a los exiliados y vetó el uso de cualquier avión estadounidense. Los invasores se encontraron en un punto mal escogido de la costa sur, en Bahía de Cochinos.

que dio la casualidad de que Fidel conocía bien. Los exiliados estaban muy desorganizados. Los esperados alzamientos, que supuestamente paralizarían a los defensores cubanos, nunca se produjeron. Las defensas de la isla resultaron más que adecuadas. Las brigadas invasoras fueron capturadas de inmediato. Nunca tuvieron la oportunidad de poner en práctica su táctica de retirada; dirigiéndose a las montañas y montar una operación de guerrillas.

Bahía de Cochinos no pudo haber sido un triunfo mayor para Fidel y los revolucionarios. Estados Unidos por fin había mostrado sus intenciones hacia lo que Fidel siempre había mantenido: un deseo de retrasar los relojes en Cuba. Aunque la CIA había tratado de desecher a los personajes batistas más ofensivos, entre los invasores se incluían más de unos cuantos que habían estado a su servicio. Fidel y sus seguidores se valieron de esos nombres para probar que Estados Unidos quería restaurar al dictador desacreditado.

La invasión fallida marcó una línea divisoria en las relaciones de Cuba y Estados Unidos. La estrategia más evidente de Washington había fracasado. Cuba no sería la Guatemala del Caribe. ¿Qué opciones le quedaban a Estados Unidos? Muy pocas. Ahora el asunto había trascendido al ámbito de las superpotencias. En julio de 1960, Khrushchev había blandido los misiles soviéticos en defensa del socialismo cubano. En abril de 1961, Cuba no necesitó de la ayuda soviética para repeler a los protegidos de la CIA. ¿Pero pararán aquí los estadounidenses?

Los soviéticos acordaron que debían respaldar su amenaza colocando misiles en Cuba. La decisión tomó por sorpresa a casi todos. ¿Por qué querían colocar misiles de alcance medio a las puertas de Estados Unidos cuando los de largo alcance podían alcanzarlo con facilidad desde sus puestos de lanzamiento soviéticos? No obstante, los rusos siguieron adelante y en octubre de 1962 instalaban bases de misiles de alcance medio en Cuba. Era un desafío sin precedentes al equilibrio del poder militar. Estados Unidos pidió a la Unión Soviética que los retirara, bajo la sanción de una cuarentena naval a todos sus envíos militares a la isla. El mundo parecía inclinarse del lado de la guerra nuclear. Tras un intervalo fatídico, Khrushchev accedió y los misiles se retiraron.

La confrontación entre superpotencias en el Caribe tuvo implicaciones fatales para Cuba. En primer lugar, no se consultó a Fidel en ningún momento, con lo que el resultado fue que Cuba se convirtió, a ojos de América Latina, en un satélite soviético en asuntos esenciales de seguridad. En segundo lugar, los soviéticos retiraron sus misiles sólo porque Washington prometió (en secreto) que no invadiría la isla. Este fue el resultado que pasó más inadvertido y que fue menos entendido de la crisis de los misiles: Rusia había forzado a Estados Unidos a permitir que continuara el experimento sovieta cubano.

Cuando Fidel se declaró marxista-leninista en diciembre de 1961, sus palabras se consideraron como un anticlímax. No importaban sus confesiones ideológicas, continuaba siendo la personalidad más dominante con mucho de la revolución.

## Una década de experimento

Tras rechazar la invasión de Bahía de Cochinos en 1961, los revolucionarios se concentrarían en las tareas económicas que afrontaba la nueva Cuba. El hecho central era que su economía giraba alrededor de la exportación de azúcar, en especial a Estados Unidos. Los revolucionarios estaban determinados a cambiar esa dependencia humillante. El principal factor fue Ernesto Che Guevara, el médico-guerrillero argentino y el teórico más creativo de los revolucionarios.

Guevara elaboró un Plan de Cuatro Años que abogaba por la diversificación agrícola (restando importancia al azúcar) y la industrialización (manufacturas de bienes de consumo ligeros). Cuba lanzó su ambicioso plan en medio de una gran fanfarria. La revolución rompía la opresión de una economía de exportación de un solo producto.

En 1962 los resultados ya habían sido desalentadores. En parte, Guevara y sus jóvenes planificadores cosechaban las tempestades de las miopas medidas de 1959-1960. Se habían agotado los suministros de bienes de consumo, no había reserva de divisas y había escasez por todas partes. Lo que era aún peor, la producción azucarera se había hundido. En 1961, los cubanos habían producido 6.8 millones de toneladas de azúcar, la segunda mayor cosecha en la historia cubana. Esta producción disminuyó solamente el desentendimiento deliberado que el gobierno mostraba hacia este producto. Parecieron dar por hecho que debía ser así. Se dejaron sin arar los cañaverales, se retrasaron las plantaciones y se olvidaron las fertilizaciones. En 1962, la cosecha cayó a 3.3 millones de toneladas y en 1963 fue sólo de 3.8 millones de toneladas, la más pequeña desde 1945. Resultó desastroso para los ingresos por exportación.

El impulso industrializador tampoco iba bien. Cuba carecía de las materias primas y la experiencia necesarias para la industrialización, incluso en bienes ligeros. Desde 1960, Estados Unidos había puesto en vigor un embargo económico estricto contra la isla y había presionado a todas las empresas estadounidenses (y a sus filiales europeas y latinoamericanas) para que interrumpieran su comercio con ella. Este embargo la forzó a depender en gran medida de Rusia y el bloque del Este para el equipamiento. La dirección iba a prove-nir de las burocracias planificadoras altamente centralizadas, a semejanza de los modelos soviético y checo. El esfuerzo fue ineficaz y caro. Ni siquiera los rusos parecían capaces de suscribir una utopía socialista en el Caribe.

A mediados de 1963 los soviéticos se plantaron. Los cubanos debían amir-norar el impulso industrializador y mejorar su planificación. Temían que reconocer la ventaja comparativa con que contaban: el azúcar. Los responsables políticos de la isla se desplazaron en esa dirección, no sólo debido a la presión soviética, sino porque consideraron que se necesitaba un cambio. Che Guevara renunció, confesando sus errores. Fidel, siempre tomando la iniciativa, se adhirió al azúcar que tan recientemente había desdenado. En 1963 anunció que en 1970 (más tarde conocido como el "Año del Esfuerzo

Decisivo») Cuba batiría todos los récords de la producción azucarera: cosecharía 10 millones de toneladas. Así surgió la famosa meta de los 10 millones de toneladas.

Continuó el debate sobre las estrategias para lograr el desarrollo económico y la consolidación política. Todavía activo en el régimen, el Che Guevara sostuvo una estrategia «idealista», una postura maoísta que eliminaría totalmente el mercado y los incentivos materiales. Una autoridad central planificadora colectivizaría y dirigiría toda la economía. Una ruptura radical con el pasado capitalista requeriría un «hombre nuevo», un cubano que trabajara por recompensas morales (condecoraciones, reconocimiento público) y reflejara así una conciencia política nueva y más elevada. Mediante la dedicación y el sacrificio los «nuevos» cubanos podrían contribuir a la rápida construcción del socialismo. Los líderes cubanos atravesaban el conocido dilema de los regímenes comunistas: cómo conciliar el idealismo marxista con una política económica pragmática.

Los idealistas guevaristas sostenían, además, que la construcción del socialismo interno requería la promoción agresiva de la revolución en el exterior. Querían probar que una estrategia guerrillera podía funcionar en toda América Latina y quizás en todo el Tercer Mundo. Según su visión voluntarista, las instituciones pragmáticas y convencionales desempeñaban sólo un papel secundario; se necesitaba crear una revolución *ahora*.

El principal adversario de Guevara en este debate fue Carlos Rafael Rodríguez, economista y miembro veterano del Partido Comunista, que defendía una postura práctica. Favorecía un uso más comedido de la planificación centralizada, una dependencia parcial de los mecanismos de mercado y que se dejara autonomía a las empresas individuales. Pensaba que las empresas estatales debían rendir cuentas de sus gastos e ingresos. En pocas palabras, proponía un camino más convencional, basado en los incentivos materiales y no sólo en los morales. También estaba a favor de una política de partido fuerte y «flexible» hacia América Latina, lo que significaba la disposición a tratar con regímenes que Guevara veía sólo como blancos para la oposición revolucionaria.

Mientras proseguían las argumentaciones, Cuba regresaba al azúcar. Sin embargo, a pesar de haber dejado de concentrarse en la industrialización, la producción económica fue desalentadora. La tasa de crecimiento en la mayor parte de la economía durante 1964 fue del 9 por 100, lo que sólo suponía una puesta al día tras los descensos de 1961-1963. En 1965 la cifra disminuyó al 1.5 por 100, inferior al índice de crecimiento poblacional, y en 1966 volvió a ser negativa (-3.7 por 100). La indecisión a la hora de planificar la política básica no estaba construyendo un socialismo dinámico.

En 1966 Fidel dio por terminado el debate con su apoyo al idealismo guevarista. Cuba haría un esfuerzo colectivo gigantesco, acompañado por incentivos morales. Ello aumentó de inmediato el poder de Fidel, ya que se hizo cargo del nuevo aparato planificador centralizado, ahora fortalecido. Con sus lugartenientes de confianza, se sumergió en las menudencias de la organiza-



Fidel Castro se dirige a la multitud a comienzos de los años sesenta: las palomas, usadas con frecuencia como símbolo político, representan el ideal de una sociedad en paz. (Center for Cuban Studies, Nueva York.)

ción económica. Selección y abandonó proyectos favoritos, guiado a menudo por los impulsos producidos por sus interminables visitas a los lugares de trabajo de toda la isla. La atmósfera recordaba los primeros días románticos de la revolución: retórica interminable, sueños eufóricos, celebración del «hombre nuevo» desprendido.

Junto a esta movilización idealista interna, se produjo un aumento del compromiso con la revolución en el exterior. Cuba buscó por América Latina movimientos guerrilleros para ofrecerles armas, entrenamiento y experiencia. Che Guevara encabezó el impulso. Siempre una figura heroica, se convirtió en el enemigo de la CIA y los ejércitos latinoamericanos. Sin embargo, desafortunadamente para él, eligió el altiplano de Bolivia para iniciar el despliegue de sus «muchos Vietnams» en Suramérica, y allí encontró la muerte en 1967. Un problema importante fue su mala comunicación con el Partido Comunista Boliviano, que lo consideró un aventurero extranjero que no sabía nada de Bolivia. Reflejaba el distanciamiento surgido entre Rusia y

Cuba. La Habana se había descarriado considerablemente de la línea marcada por Moscú para exportar la revolución.

En 1968 Fidel se retrató de la línea guevarista. Ya había habido signos de que el Che no contaba con el apoyo pleno de La Habana durante su desafortunada campaña en Bolivia. Con su respaldo a la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968, Fidel señalaba un retorno a la ortodoxia soviética. Luego comenzó a resistir importancia a la exportación de la revolución. A pesar de la heroica muerte del Che, las nuevas medidas sugerían que quizás hubiera sido en vano.

Sin embargo, en el frente interno las medidas guevaristas continuaron intactas. La primavera de 1968 contempló la «ofensiva revolucionaria». Lo que quedaba del sector privado se nacionalizó, se subordinó el consumo a la inversión y se exhortó a los cubanos a darlo todo para alcanzar el objetivo omnipresente de los 10 millones de toneladas de azúcar en 1970.

Llegó el año mágico y toda Cuba se movilizó para cortar caña. Hasta los marineros soviéticos de visita, para el sobresalto de muchos, fueron arrebatados de los muelles para empuñar machetes. Todo se sacrificó para enviar mano de obra a los cañaverales. Al darse cuenta de que el objetivo estaba distante, las autoridades dejaron algo de la cosecha de 1969 en los campos con la esperanza de mejorar la cifra de 1970. Durante la recolección trataron de cortar hasta la última brizna, pero no sirvió de nada: la zafra alcanzó sólo 3,5 millones de toneladas. Era un total prodigioso, el mayor de la historia cubana, pero también podía haber sido la mitad de esa cantidad. Demasiada propaganda, demasiadas promesas. Todo el destino de la revolución había parecido depender de la balanza en los molinos de azúcar. Fue un golpe mortal para la filosofía «voluntarista» del Che y el coste psicológico fue enorme. Pero Fidel, siempre inventivo, estaba a punto de volver a cambiar la política.

### La consolidación del régimen

El fracaso del esfuerzo para lograr los diez millones de toneladas facilitó el cambio de Fidel. Todos pudieron ver que el modelo «idealista» había fallado. El 26 de julio de 1970, Fidel lo confesó todo. En un discurso maratónico, Castro puso sobre sus espaldas la responsabilidad de la cruzada quijotesca para conseguir una cosecha impresionante. Ofreció su renuncia, pero las multitudes gritaron que no. El fracaso económico fue borrado por el teatro revolucionario.

Entonces la política cubana se volvió más pragmática. En primer lugar, iba a haber unos nuevos sistemas de gerencia y planificación que suponían una mayor descentralización y utilización de los «beneficios» como una base para la toma de decisiones. En segundo lugar, se iba a dar al sector privado un papel mayor en la agricultura y los servicios. En tercer lugar, la paga se iría ahora a la producción, con recompensas por las habilidades necesarias. Por último se incrementaría la interacción económica con Occidente.

Esta política económica más convencional iba acompañada de un cambio en la institucional. Se fortaleció al Partido Comunista y se reestructuraban los sindicatos y otras organizaciones de masas a las que se otorgaba un papel mayor. Este paso hacia una mayor «ortodoxia» (es decir, un parecido más estrecho con la práctica soviética) también afectó a la cultura. Los controles centralistas sobre la educación y los medios de comunicación se fortalecieron.

Fidel empezó a parecerse a Khrushchev por su mayor oscurantismo. A comienzos de 1971 lanzó un ataque furioso contra «los antiguos amigos» de la revolución que le habían acusado de que su régimen personalista estaba conduciendo a Cuba hacia la destrucción económica. Uno era el agrónomo francés René Dumont, que atribuía los fracasos agrícolas cubanos a la egomanía de Fidel y a la militarización sin orden ni concierto de la economía cubana. Otro crítico, el húngaro K. S. Karol, era más devastador debido a que tenía un conocimiento más profundo del pensamiento marxista y experiencia comunista para medir las limitaciones de Fidel.

También a comienzos de 1971 Fidel aplicó medidas estrictas a la escena artística cubana, deteniendo al escritor de fama internacional Heberto Padilla. Parece que bajo coacción, se le obligó a confesar crímenes contra la revolución. Más tarde repitió su mea culpa ante una conferencia de escritores, que dio el tono para un modelo más severo de lealtad política, que desde entonces se esperó de todos los artistas de la Cuba revolucionaria.

Parte integrante de este cambio político fue una aproximación creciente a la Unión Soviética, lo que significó una mayor conformidad con sus modelos de toma de decisiones económicas y políticas. Era algo subyacente desde 1968, pero el giro en la política interna hizo la postura general de Cuba más consistente. La experimentación radical había terminado y llegaba la lógica inevitable: la enorme dependencia económica y militar cubana de los soviéticos. Fidel se había convertido en un aliado fiel de la URSS en el Tercer Mundo. Habían desaparecido los duros ataques a los partidos comunistas ortodoxos. Cuando comenzaron los años setenta, la Revolución cubana se aproximaba al modelo soviético mucho más que lo hubiera hecho nunca.

Cuando entraba en los años ochenta, no había ninguna duda de que las antiguas guerrillas habían creado una nueva sociedad. Habían contratado con más de dos décadas para educar y entrenar a nuevas generaciones en el compromiso con un ideal igualitario y comunitario. Habían podido formar a sus propios técnicos, con la ayuda soviética y de la Europa del Este, para reemplazar a los cuadros que habían huido de la radicalización del régimen. Habían tenido tiempo para hacer de Cuba una formidable fuerza de combate. Ningún supuesto luchador por la libertad futuro sería capaz de repetir la proeza del *Granma*.

Cuba también había establecido una dependencia económica extrema de la URSS, que recordaba mucho a la que había mantenido en otro tiempo con Estados Unidos. Este estimó la asistencia económica soviética a la isla en 1989 en 4.200 millones de dólares. Aunque era difícil calcular el total exacto, probablemente fue equivalente a un cuarto del producto nacional bruto cu-

bano. La integración del comercio, tanto de la importación como de la exportación, en el bloque del Este se aproximaba a la situación anterior respecto a Estados Unidos. ¿Había simplemente cambiado un estigma de dependencia por otro? En el sentido más aparente, la respuesta debía ser afirmativa. No obstante, los lazos con la Unión Soviética no ocasionaron la propiedad directa que había generado la reacción violenta contra la penetración económica estadounidense hasta 1959.

Sin embargo, por debajo de las estadísticas había más cuestiones apremiantes. ¿Cuáles eran las consecuencias de su nueva dependencia? Sabemos que Fidel se había hecho eco de la denuncia soviética contra Solidaridad en Polonia («los antisocialistas y contrarrevolucionarios») y elogiado la intervención soviética contra «los salvajes actos de provocación, subversión e interferencia contra la revolución» en Afganistán. Cuba envió más de 30.000 soldados y personal de servicio social para apoyar a regímenes pro soviéticos en países africanos como Angola y Etiopía. ¿Pero cuáles fueron las implicaciones más hondas para la sociedad cubana? La profunda revolución social había sido posible sólo gracias a la protección militar y la ayuda económica soviéticas. Sigue sin aclararse si los cubanos tuvieron más poder de negociación con Moscú que el disfrutado con Washington en otro tiempo, ya que las relaciones soviético-cubanas se dieron en un secreto mucho mayor que el de las anteriores con Estados Unidos.

La revolución ha producido muchos cambios en la isla. Para quienes habían vivido con pocas esperanzas en la Cuba capitalista, mejoró mucho el nivel de vida. Sus mayores triunfos han sido cubrir las necesidades humanas básicas. Se ha desterrado el analfabetismo y se ha creado un amplio sistema educativo, en cuyas enseñanzas hay un alto grado de ideología para inculcar los nuevos valores socialistas. Se ha extendido a los sectores más bajos la atención médica básica, en especial la medicina preventiva. La formación médica se ha adaptado a la salud pública. Se ha garantizado la distribución de alimentos, siempre uno de los reflejos impactantes de la desigualdad social, mediante el racionamiento. Se han establecido patrones nutricionales mínimos, que se han cumplido con creces para toda la población. El resultado es que la esperanza de vida aumentó de los sesenta y tres años en 1960 a setenta y seis en 1992, y la tasa de mortalidad infantil cayó más de dos tercios en ese mismo período. Gran parte de este progreso fue obviamente sacado por la crisis económica que se inició en 1990.

El papel de las mujeres ha sido otro ámbito de cambio significativo. La tradición del machismo era especialmente fuerte en la Cuba pre-revolucionaria y ha resultado un obstáculo importante para el movimiento feminista. Por tomar un ejemplo impactante, a mediados de 1980, sólo el 19 por 100 de los miembros del Partido Comunista y candidatos a serlo eran mujeres. Sin embargo, la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) ha recorrido un largo camino para cambiar la opinión y la conducta. El número de mujeres en la educación superior y las escuelas profesionales (en especial en medicina, donde las estudiantes hoy sobrepasan a los varones) ha aumentado de

forma pronunciada. La FMC fue el instrumento para conseguir en 1975 que se adoptara un código familiar igualitario, que obligaba a los esposos a efectuar la mitad de las tareas domésticas. Cualquiera que haya visto la película cubana *Retrato de Teresa* sabe que esta y otras metas feministas no fueron fáciles de alcanzar en Cuba. ¿Pero dónde no es así? A pesar del perceptible cambio en las actitudes cubanas, a las mujeres casadas, en especial a las que tenían hijos, les ha resultado difícil entrar en la fuerza laboral de tiempo completo. Una de las razones es el coste y los inconvenientes del cuidado de los niños. Otra es el hecho de que un ingreso adicional quizás proporcione pocos beneficios extras, ya que los bienes de consumo siguen siendo escasos.

La vivienda era otra necesidad básica, distribuida de una forma muy desigual hasta 1959. Aquí los revolucionarios tuvieron dificultades para avanzar con rapidez. Era bastante fácil expropiar las residencias de los ricos y darlas a grupos especiales (como los estudiantes). Pero la nueva construcción era más lenta y cara. A corto plazo, no se consideró que la inversión en nuevas viviendas fuera una prioridad. En ello los cubanos seguían, quizás sin darse cuenta, el ejemplo de los soviéticos, para quienes la escasez de vivienda había sido un problema social importante.

Resulta bastante irónico que uno de los mayores fracasos económicos de Cuba fuera en la agricultura. En los primeros años de la revolución podía entenderse. Las guerrillas estaban ávidas por repudiar la antigua dependencia de la isla a un solo cultivo de exportación. La gran esperanza de Guevara había sido diversificar la agricultura, así como la industrialización. Incluso antes del giro hacia el realismo económico efectuado en 1963, la producción de alimentos iba despacio. Según un estudio de Naciones Unidas, el rendimiento agrícola cubano durante 1961-1976 fue semejante al de Chile y se encontró entre los peores de América Latina. Desde 1976 la producción agrícola aumentó a una tasa considerable, pero una década después la isla seguía siendo muy dependiente de la importación de alimentos.

Cuando terminó la década de 1970, los gobiernos cubano y estadounidense trataron de mejorar sus relaciones. Fidel decidió permitir que los familiares estadounidenses de los cubanos pudieran visitar la isla, por primera vez desde comienzos de la revolución. Y llegaron 100.000 de ellos en 1979, cargados con aparatos electrónicos y otros bienes de consumo. Como esos bienes no existían o sólo podían adquirirse a precios elevados en el mercado negro, muchos cubanos se dieron cuenta de lo limitados que eran sus bienes de consumo tras dos décadas de revolución.

Sin duda, esta frustración contribuyó a lo que se convirtió en un dramático éxodo de Cuba en 1980. El desencadenante fue la decisión del gobierno cubano de retirar la guardia de la embajada peruana en respuesta a un incidente violento en el que participaron algunos cubanos, que atacaron su valla para conseguir asilo y un salvoconducto para salir de Cuba. De inmediato se corrió la voz de que la embajada no tenía vigilancia y en veinticuatro horas 10.800 cubanos se agolparon en su territorio, apiñados como ganado. El go-

bierno, desconcertado por la embarazosa oleada de disidentes, anunció que se permitiría emigrar a todos, junto con cualquier otro que comunicara su deseo a las autoridades. El total alcanzó la cifra de 125.000 personas. La mayoría salió del puerto de Mariel en pequeñas embarcaciones —muchas poco apropiadas para el mar— proporcionadas por la comunidad cubana de Florida.

Estas 125.000 personas siguieron las oleadas previas de los exiliados, incluidas las 160.000 que habían salido en el programa estadounidense-cubano coordinado por el gobierno entre 1965 y 1973. ¿Por qué este éxodo? En las primeras planas de los periódicos y en las pantallas de televisión de Estados Unidos, Europa Occidental y el resto de América Latina aparecían las imágenes de casi 11.000 cubanos desesperados, apilados en las dependencias de la embajada peruana sin comida ni agua.

Para contrarrestar esa imagen, cientos de miles de cubanos efectuaron marchas enormes por toda La Habana. Pero los diplomáticos destinados allí estimaron que, si Mariel hubiera permanecido abierto, quizás 1.000.000 de personas habrían optado por ir a Florida. Aun sin conocer el alcance exacto posible, era mayor de lo que cualquier diplomático extranjero hubiera podido aventurar antes del incidente de la embajada. Cabría explicar en parte el descontento por la frustración de los cubanos, que estaban cansados de esperar los niveles de vida más elevados que se habían prometido hacía tanto tiempo. El gobierno cubano se daba buena cuenta de este descontento y en la víspera de Mariel complementó el sistema de racionamiento de alimentos con «mercados de productos agrícolas libres». Pero el «Programa de Rectificación» que comenzó en 1986 abolió las empresas pequeñas y reinstauró los incentivos morales con la intención de convertir en virtud la intensificación de la crisis económica. Que se agudizó por la severa escasez de moneda fuerte, causada en parte por los bajos precios mundiales para el azúcar. Pero el proceso de la «rectificación» puso a Cuba en la dirección completamente opuesta a la *perestroika* que entonces estaban lanzando los mentores de Fidel en la Unión Soviética.

A pesar de los resultados económicos internos, si se miden por la producción (y no por la renta, como en las economías occidentales), habían aumentado mucho, con un crecimiento medio de un 7,3 por 100 de 1981 a 1985, pero cayó de forma aguda desde 1985 e incluso resultó negativo en algunos años. Sin embargo, a diferencia de la América Latina capitalista, el bajo crecimiento económico no iba a representar un riesgo para la población cubana, gracias al racionamiento de alimentos y los servicios médicos generales que habían proporcionado a Cuba unos índices de morbilidad y mortalidad iguales a los del mundo industrializado.

### La lucha por sobrevivir

Aunque Cuba había llegado a mediados de 1991 sin los signos de descontento popular que sentenciaron al comunismo en Europa del Este, la tensión había comenzado a aparecer en años recientes. En mayo de 1987, el jefe de las

fuerzas aéreas cubanas y héroe de Bahía de Cochinos se subió a una avioneta y huyó a Florida. En junio de 1989 se sintió un golpe más fuerte. El dirigente más respetado del ejército, el general Arnaldo Ochoa Sánchez, artífice de brillantes victorias en el campo de batalla sobre las fuerzas surafricanas cuando Cuba luchaba por consolidar el régimen comunista de Angola, fue juzgado y ejecutado, junto con otros tres altos mandos. Se les acusó de tráfico de drogas y malversación de fondos. Su dramático juicio, desarrollado con gran prisá, despertó el recuerdo de las infames purgas de Stalin. Muchos se preguntaron como unos oficiales que habían disfrutado de la confianza más estrecha de Fidel podían haber organizado esa vasta conspiración sin el conocimiento de un dirigente que se caracterizaba por su gusto legendario hacia el detalle administrativo. ¿O era un modo de eliminar un rival en potencia para el poder máximo?

Una clave para la supervivencia de la revolución sería la habilidad para institucionalizar el proceso revolucionario. En los años sesenta Fidel se inclinó a confiar en los grupos que habían nacido en la insurrección o que se crearon para proteger el nuevo régimen: el ejército, las milicias y los Comités para la Defensa de la Revolución. Al Partido Comunista se le dio un papel de mayor o menor importancia por iniciativa de Fidel y el liderazgo revolucionario más elevado. Con el giro hacia la ortodoxia a comienzos de los años sesenta el partido asumió una nueva importancia.

El reto básico para los revolucionarios era transformar el liderazgo de una diminuta élite de guerrilleros veteranos y fieles al partido en una base creciente de seguidores leales. Los medios más obvios —y los que había utilizado el modelo soviético— era ampliar la base del Partido Comunista. Este proceso comenzó en 1975. Bajo la bandera de la «participación popular» se celebraron elecciones populares para las asambleas regionales. La idea era construir una estructura representativa de ámbito local. No obstante, a comienzos de la década de 1990, los cubanos seguían quejándose de la centralización, burocratización e ineficiencia del aparato del Estado. El poder seguía concentrado en el vértice de una estructura semejante a la que los europeos del Este y los rusos ya habían desmantelado.

En 1991-1992 Cuba sufrió una dolorosa confrontación con la realidad, a medida que el sustento exterior de su economía desapareció. El colapso de la URSS y del Comercio (el organismo regulador del comercio para la URSS y Europa Oriental) expuso brutalmente la vulnerabilidad económica de Cuba. Hacia 1992, toda la ayuda económica y militar rusa había desaparecido. Los envíos de petróleo cayeron un 86 por 100 desde 1989 a 1992, mientras que las importaciones de alimentos cayeron el 42 por 100 en casi el mismo período. Los bienes de equipo, tales como los autobuses, proporcionados otra vez por Europa Oriental, ahora se deterioraban por falta de recambios. La actividad económica general cayó hasta un 29 por 100 entre 1989 y 1993. Otras estimaciones calculan la caída en el doble. Cuba había sufrido un golpe económico mayor que cualquiera (incluida la Gran Depresión de 1930) experimentado en América Latina en el siglo XX.

¿Por qué? Porque Cuba había concentrado excesivamente su comercio y finanzas con un mercado (84 por 100 con Comecon). Amparada en la conexión soviética, veía poca necesidad de esforzarse significativamente en diversificar sus exportaciones y mercados. Se convirtió así en el máximo ejemplo de dependencia, aunque debe reconocerse también el papel central del embargo de Estados Unidos en forzar a Cuba a concentrarse en el Este. Con el colapso de la Unión Soviética, Cuba sufrió el equivalente a un «doble embargo».

Los efectos internos de la retirada soviética se sintieron pronto, cuando los cubanos sufrieron un drástico deterioro de su nivel de vida. Las cuotas de racionamiento mensual cubrían sólo una o dos semanas y el resto sólo se podía obtener en el mercado negro. La Habana tenía electricidad sólo de cuatro a ocho horas por día. El servicio de autobuses desapareció prácticamente a causa de la escasez de combustible. Se les dijo a los cubanos que utilizaran bicicletas, rápidamente importadas de la República Popular de China. Fidel llamó a la caída de la URSS un «desastre» y proclamó que Cuba entraría ahora en «un período especial en tiempo de paz». La orden del día sería salvar el socialismo en un país: Cuba.

Para conseguir este objetivo, Cuba no puede seguir adelante sin comerciar con el Occidente capitalista. Castro necesita desesperadamente los bienes de capital y la tecnología que sólo Occidente puede proporcionar. Para comprar, necesita una divisa fuerte, el 70 por 100 de la cual la obtiene mediante las ventas de azúcar en el mercado libre. Cuba había acumulado una deuda corriente de 6.000 millones de dólares en 1990 y la decisión de Castro de suspender los pagos del principal y los intereses echó a perder los esfuerzos por conseguir una mayor financiación de fuentes capitalistas. Había algunas características de la economía mundial a las que Cuba no podía escapar.

Muchos observadores externos predijeron que en estas circunstancias Fidel se vería forzado a virar hacia el mercado occidental. De hecho, tal movimiento ha sido modesto, fuera de un agresivo pero apenas exitoso esfuerzo por atraer la inversión extranjera del mundo capitalista. Fidel y sus lugartenientes continúan defendiendo la economía estatal planificada y el gobierno del partido único. Frecuentemente han discutido, pero no han adoptado aún, el modelo chino de liberalización económica con persistente autoritarismo político. Ha habido algunos tímidos movimientos de liberalización, tales como permitir un limitado autoempleo y la posesión de dólares. Pero en el esencial aunque improductivo sector rural, cualquier retorno a los mercados campesinos (un experimento abandonado en 1986) ha sido descartado.

La reacción de los cubanos comunes y corrientes ante la calamidad económica ha sido más estoica de lo que podría haberse predicho. En abril de 1994, por ejemplo, Jorge Mas Canosa, el líder conservador del exilio en Miami, aseguraba confiadamente que él y sus colegas pronto gobernarían Cuba. Sus expectativas no se han cumplido. La población está evidentemente descontenta en Cuba, como lo muestra el espectacular auge del número de balseros interceptados por los guardacostas estadounidenses (35.000 sólo en los

primeros ocho meses de 1994). Dentro de la isla, sin embargo, hay poca oposición organizada, fuera de los escasos gisidentes valerosos que terminan periódicamente en prisión. El poder permanece sumamente concentrado bajo Fidel, que cada vez más parece un caudillo latinoamericano de viejo cuño. Irónicamente, se apoya mucho en la rígida postura de Estados Unidos, que el Congreso endureció más en 1992 y de nuevo en 1996. Sin el espectro del tio Sam, Fidel se quedaría sin una explicación de las desgracias de Cuba. Cuando Cuba fue el único país del hemisferio no invitado a la cumbre de las Américas de diciembre de 1994 en Miami, Castro dijo que era «un gran honor». Esta extraña distinción ofreció poco consuelo a los ciudadanos orgullosos y patriotas de Cuba.